

ERA deforme como un ángel caído en un patio entre algodones.  
Como esas horribles esculturas donde la maternidad da a luz  
a la belleza.

Porque he conocido cosas peores que la desesperación a mis  
treinta y dos años,  
y una mujer me acariciaba entre los muslos de las montañas llenas  
de sangre  
con una lentitud y una insistencia que hacía gemir a las mariposas  
refugiadas en el bolsillo.

Me acuerdo que una vez estuve a punto de asesinar a mi sombra  
solamente por una pequeña deformidad que se advertía debajo  
de la tetilla izquierda de mi alma.

Pero ya pasó todo, así que afortunadamente el tiempo se desliza  
entre los álamos

y la primavera restalla su gran látigo verde.

Cuando me asalta el recuerdo de lo espantoso que he sido conmigo  
mismo

y de las noches trenzadas alrededor de mi garganta sin una pizca  
de luna para aliviar la sed,

y vienen de golpe años y años pasados en la soledad de las aceras  
públicas,

en el desamparo de las salas de recibir de los médicos,

al borde de los confesonarios,

junto a las faldas frías y las muchachas pálidas de la última remesa,

./...



sin tener siquiera un libro a mano donde apoyar descuidadamente  
la cabeza,  
ni una pequeña flor ni nada que mereciese la pena de morir en  
aquel instante,  
cuando me asaltan estos recuerdos comprendo de repente la de-  
formidad de todo, y me resigno a ser ceniza, solitaria ceniza  
húmeda de lágrimas.

